

La lectura secuestrada

— Mercedes Ruíz Paz —
Licenciada en Pedagogía. Maestra



Tenemos un sistema educativo muy preocupado por desarrollar la creatividad de los alumnos, pero que sólo considera creativo hacer cacharritos de barro, pintar con los dedos o pegar pabillos sobre una cartulina de colores. Es decir, que entiende la creatividad aplicada exclusivamente a agilidad manipulativa. Sin embargo, al instrumento creativo más importante del que dispone la persona, el lenguaje, se le ha despojado de importancia. Quizá porque de su aprendizaje no resultan bonitos objetos de carácter ornamental, sino un contenido mental más sofisticado, abstracto y evolucionado. En su día se adoptaron las actividades manuales como medio para conseguir un mejor desarrollo intelectual, desde la asunción de una postura teórica que respondía a la idea general de «al aprendizaje por la experimentación». Hoy en día han llegado a ser un fin en sí mismas, independientes del contenido que se quería desarrollar a través de ellas. Otras posibilidades desarrollables, entre ellas las lingüísticas, han pasado a un segundo plano por considerarse menos «creativas».

Pero el lenguaje es creación. Con el lenguaje, el niño va incorporando nuevo vocabulario, construyendo nuevas frases, nuevas descripciones, nuevas narraciones, nuevos pensamientos, en una actividad verdaderamente innovadora. No es, por otro lado, la capacidad creativa del lenguaje la única ni la principal de las razones por las que su enseñanza es especialmente recomendable, aunque no vayamos a entrar ahora al análisis de todas ellas. Sólo es necesario llamar la atención sobre cómo las instituciones educativas parecen haber fijado una única acepción para la palabra «creatividad», y han hecho de ella el baremo de lo recomendable en los primeros niveles educativos. Pero ni todo lo «creativo» es beneficioso sólo por serlo, ni todo lo «no-creativo» es despreciable, a pesar de la dictadura lúdico-festivo-creativa en la que andamos sumergidos.

Hay entre los profesores muchas quejas de que los alumnos comprenden cada vez pero las comunicaciones orales, las sencillas órdenes o instrucciones que un adulto les da, e incluso cualquier contenido académico por básico que sea. Se dice que la culpa es de la televisión y de las horas que pasan delante de ella, viendo programas o películas de video; se dice que les atonta. ¿Puede ser esta la única y definitiva causa de este mal, o se puede ensayar otra explicación?

Si el niño, a partir de los tres años, dispusiera de la lectura como medio de entretenimiento, podría alternar en su tiempo libre la televisión, los juegos y la lectura de cuentos. Pero esto último le está vedado porque aún no se le ha enseñado a leer. Una planificación educativa pedante y con escaso fundamento pedagógico parece haber autorizado masivamente a la población adulta a erigirse en juez del nivel madurativo de su hijo, de su alumno o de su vecinito. De lo que resulta que la opinión generalizada, teorías oficiales incluidas, es que «el niño no tiene una madurez suficiente para leer hasta los 6 ó 7 años». Y este criterio se ha impuesto en los colegios y en gran parte de la sociedad como incuestionable. Pero la realidad es otra.

Lo primero que se observa al trabajar con niños es su pulsión por aprender: cómo absorben cualquier novedad y piden más; cómo disfrutan con cada nueva cosa que conocen.

Es el adulto quien la hurta información, quien le protege del conocimiento, como si ofrecérselo fuera a desequilibrar al niño. Se establece así un mecanismo de freno al proceso de aprendizaje. Como resultado al niño no se le puede enseñar la letra A, no vaya a ser que se le produzca «un daño neurológico irreversible por sobrecarga en los circuitos de aprendizaje», mientras maneja del derecho y del revés términos como «Power Rangers», «Batman», o sigue perfectamente la historia de su serie de televisión favorita.

Es decir: en los años en los que se adopta el hábito lector y se aprende a disfrutar de las historias que les suceden a otros personajes; en los años en los que se aprende a vivir viviendo otras vidas, al niño sólo se le explica «su barrio» y, además, no se le enseña a leer. Pero la necesidad existe. El niño llega a la televisión porque es un artefacto atractivo pero, sobre todo, porque de algún modo ha de proporcionarse el placer de vivir las historias y las aventuras que no se puede proporcionar a través de la lectura.

Los diseñadores de la educación han hecho llegar a padres y a maestros la idea de que la televisión es una mala influencia para sus hijos o sus alumnos. No deben verla, porque les vuelve pasivos o poco creativos. Un sinnúmero de razones y resultados de estudios estadísticos y experimentales aconsejan alejar al niño del medio audiovisual. Pero los mismos que así aconsejan son los que, por otro lado, no autorizan la lectura hasta esa tardía edad de los seis o siete años. ¿Qué le queda al niño? ¿Volver a pasar las tardes desgranando guisantes junto a su madre, ahora que ya viene enlatados, pelados y hasta congelados?

Naturalmente, está por demostrar que la televisión sea tan mala. Los dictámenes acerca de su maldad suelen hacer referencia más al contenido de lo emitido que al medio mismo. La violencia es mala en sí misma, y no porque la televisión emita sucesos violentos. También la violencia en el hogar es mala, y no por ello se «prohíben» los hogares. El medio no es el mensaje.

De todos modos, sería la primera vez en la Historia que un nuevo invento (como en su día sucedió con la imprenta, con la radio, con el teléfono) no tuviera sus detractores. Hasta aquí se puede ser transigente. No se puede seguir siéndolo con lo único que se extrae de su propuesta: ni televisión ni lectura para los niños hasta los seis años.

Los alumnos comienzan a leer tarde; y dos años después de iniciado este aprendizaje, el profesorado se queja de la pésima ortografía de sus pupilos, y de lo que parece imposibilidad de corregirla.

Sucede que el que no lee habitualmente no desarrolla una buena ortografía por carecer su memoria visual de un entrenamiento suficiente. ¿Por qué se debe aprender con siete años lo que se puede aprender con cuatro? Aun con ello, los profesores siguen sin explicarse por qué los alumnos «no entienden».

Las actuales generaciones de alumnos no son peores que las anteriores, ni masivamente deficientes, ni genéticamente disminuidas; son generaciones que han dispuesto del lenguaje, de su propio idioma, de un modo muy incompleto: ha podido constituir el lenguaje con todas sus posibilidades como factor de estructuración de su pensamiento. La Lógica y el razonamiento, que se desarrollan a través del lenguaje, permanecen en estado larvario, y así los muchachos dan la sensación de que «no entienden» cualquier comunicación más complicada que una sencilla oración copulativa.

Porque si el espacio que podría estar ocupando la lectura en casa ha sido colonizado por el vídeo y la televisión, ello se debe a que el espacio que tendría que ocupar la lectura en el colegio está siendo ocupado por los cacharros de barro y la papiroflexia.

(Así empezó el sistema educativo americano hace unos años. Escandalizados por lo que entonces estimaron un alto fracaso escolar, retrasaron el aprendizaje, renunciaron a objetivos educativos fundamentales, incorporaron otros irrelevantes, y hoy es el día en el que reconocen haber conseguido la primera generación de escolares que al acabar sus estudios es más inculta que la generación anterior.)

**Claro: si uno no lee,
no puede fracasar en la lectura.**